

LAS IDENTIDADES COLECTIVAS EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

José Álvarez Junco

Catedrático Emérito de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Políticos y Sociales UCM

RESUMEN:

En el mundo globalizado las identidades no podrán ser tan cerradas y homogéneas como en la época de los Estados-Nación. Los límites a los antiguos poderes soberanos son hoy múltiples y la intensidad de comunicaciones produce inevitablemente sociedades multiculturales. En el caso español, los drásticos cambios sociales de los últimos cincuenta años y la oleada inmigratoria desde los años noventa han producido una mezcla cultural antes desconocida, lo que hace previsible que en el siglo XXI los conflictos no se planteen en los típicos términos nacionalistas de control territorial.

ABSTRACT:

In our present, global, world, collective identities are not likely to be as closed and monolithic as they tended to be in the age of the nation-states. The state sovereignty is today limited in many senses and the intense communication makes it unavoidable that our societies are multicultural. In the Spanish case, profound social changes in the last fifty years and immigration since the mid-nineties have led to a cultural mixture never seen before. Which leads to the conclusion that 21st century conflicts will not be established along nationalistic-territorial lines.

PALABRAS CLAVE: *Identidades colectivas, globalización, nacionalismos, multiculturalidad*

KEYWORDS: *Collective identities, globalization, nationalism, multiculturalism.*

Partiré de la premisa de que todo ser humano necesita participar en identidades colectivas. Pero no en una, sino en muchas. Todos participamos en muchas y muy diversas identidades colectivas: somos hombre, mujer, joven, viejo, profesor, estudiante, de izquierdas, de derechas, del real Madrid, del Atlético, melómano o montañero, mil identidades que compartimos con otros muchos miles o millones de seres, aunque la

combinación de ese conjunto de identidades colectivas sea individual. Todos necesitamos una identidad, para ubicarnos en el mundo, para saber quiénes somos. Al niño hay que decirle cómo se llama, a qué familia pertenece y si es niño o niña. Y hay que explicárselo, tiene que aprenderlo, porque no es algo tan evidente. Como decirle que es blanco o negro, porque él tampoco lo sabe. Las identidades son necesarias para ubicarse y

además son culturales, se aprenden en el proceso educativo.

En segundo lugar, necesitamos autoestima. Al niño también hay que transmitirle el orgullo de ser lo que es, la idea de que su identidad debe hacerle ir con la cabeza alta. Pero en ninguna de estas dos afirmaciones hay que pasarse de la raya. No hay que fomentar en exceso la identidad, hasta transmitir la idea de que la identidad colectiva de la que participamos es lo más importante que tenemos en la vida, por encima de los méritos individuales. Y tampoco hay que imbuir un exceso de autoestima, hasta llegar a considerar a los demás despreciables, inferiores a ti.

En los últimos dos siglos, o dos siglos y medio, la principal identidad que han tenido los seres humanos ha sido la nacional. Y ello se ha debido a la transformación del sistema político desde las autocracias del Antiguo Régimen a las democracias en las que estamos instalados los países más avanzados. Democracia significa gobierno del pueblo, lo cual obliga a definir quién es el pueblo, el *demos*. Los revolucionarios se enfrentaron con los monarcas absolutos y le discutieron el título de soberano. La soberanía pertenecía al pueblo, a la nación. Con lo que los componentes de ese pueblo soberano adquirieron, como tales, unos derechos políticos que han pasado a ser los fundamentales en el mundo moderno.

Por eso la identidad nacional ha sido la más importante en los siglos recientes. Porque confiere derechos, porque convierte al ciudadano en partícipe de ese sujeto colectivo que es el detentador de la soberanía. No es una identidad más. Podemos ser blancos, negros, hombres, mujeres, jóvenes,

viejos, médicos, albañiles, alemanes, franceses... pero estos dos últimos adjetivos son mucho más importantes que cualquiera de los anteriores, porque confieren derechos, le integran a uno en el colectivo que es dueño del país en el que vive.

Como historiador, debo inmediatamente advertir que esto no siempre ha sido así. La inserción en naciones no ha sido una característica constante de la historia humana. El mundo de las naciones es una creación reciente, de los últimos doscientos cincuenta años, desde las revoluciones anti absolutistas. Antes del siglo XIX, la identidad no se expresaba en términos nacionales. Si en el siglo XI, o en el XVII, a un habitante de la actual Europa le hubieron preguntado “¿usted qué es?”, su respuesta hubiera sido: soy cristiano, o católico, o noble, o soy un hombre, una mujer, un viejo... Un campesino de los tiempos de Carlos V hubiera podido contestar mil cosas: “labrador”, “riojano”, “hidalgo”, “cristiano”, y solo al final de una larga lista habría quizás dicho: “súbdito del emperador” o del rey X o Z; difícilmente se le hubiera ocurrido decir “español”... Pero a un europeo del XIX o el XX le plantean esa misma pregunta, en los mismos términos tan genéricos, y lo primero que habría respondido es “soy español”, o alemán, francés, etc. Porque la nacional se había impuesto como identidad esencial. Pero no siempre, repito, ha sido así. Las identidades nacionales no existían, o no eran las más importantes, en la época anterior a las revoluciones anti absolutistas. Los individuos ligaban su identidad a la familia, al linaje, el barrio, el gremio, la cofradía, la raza, la lengua, la religión. Las identidades no eran primordialmente políticas, no estaban tan unidas al Estado,

en parte porque el Estado, como hoy lo conocemos, no existía.

Todo esto cambió con las revoluciones liberales. A partir de ellas, los nacionalismos han arrasado con la miriada de identidades anteriores. Cuando se produjeron, a partir de finales del siglo XVIII, los enormes cambios políticos, económicos y demográficos, que acompañaron a las revoluciones liberales y a la revolución industrial, la impresión de las mejores mentes de la época fue que todo aquel complejo entramado social de identidades iba a desaparecer y a ser sustituido por un individualismo arrasador. Así lo veía, por ejemplo, Alexis de Tocqueville, y algo parecido decía Stuart Mill, y estoy mencionando a dos de las mentes más poderosas del siglo XIX. Karl Marx, otro pensador nada despreciable, creía que todas las identidades anteriores iban a ser sustituidas por las clases. Todos ellos se equivocaron. No llegó el individualismo arrasador, ni dominó la identidad de clase. Lo que llegó fue el nacionalismo. Incluso ellos mismos estaban insertos en una visión del mundo nacionalista, y esta era tan potente que ni siquiera la percibían. El propio Tocqueville, tan sensible y sofisticado, fue ministro de asuntos exteriores cuando Francia invadió Argelia y de ningún modo cuestionó el derecho de los franceses a someter a los argelinos. Stuart Mill habla igualmente en términos nacionalistas británicos cuando trata de cuestiones de la India. Y Marx, cuando escribe sobre de la guerra franco prusiana se deja llevar por sus simpatías por Prusia. Todos ellos, desde luego, aceptaban la división de la humanidad en naciones como una realidad natural, incuestionable.

Los Estados europeos modernos se han formado sobre la legitimidad nacional. El Estado tiene que ser obedecido porque representa a un ente intangible que se llama la Nación, a la que todos nos debemos. Y cualquier Estado moderno ha declarado la guerra, de una forma u otra, a la multiplicidad cultural que reinaba en su interior. Todo Estado ha declarado a una de las culturas existentes en su territorio como la oficial y ha colocado, por tanto, a todas las demás en una situación subordinada, en algunos casos permitidas y en otros eliminadas en la medida de lo posible. Francia, el modelo de Estado-Nación homogéneo y centralizado, era a principios del XIX un país de tanta o más diversidad lingüística que España, y sin embargo consiguió arrasar todas las lenguas regionales e impuso el francés parisino por medio, sobre todo, de un sistema escolar muy generalizado y potente.

Estos planteamientos produjeron unos resultados bastante negativos, en términos generales. Desde el punto de vista internacional, la rapaz competencia entre las potencias europeas para repartirse el mundo, en la segunda mitad del siglo XIX, llevó a unas rivalidades y unos preparativos militares que culminaron en la Gran Guerra, la mayor catástrofe humanitaria ocurrida hasta entonces en Europa. Y tras ella vinieron los fascismos, y luego la Segunda Guerra Mundial. Lo cual ha significado, en suma el suicidio de Europa, que ha pasado de ser la zona más poblada, más rica y más culta del mundo en 1900 a pertenecer a una especie de tercera división mundial en este momento. Desde el punto de vista interno, en cada uno de nuestros países la existencia de “culturas oficiales” ha dado lugar a protestas y reclamaciones

por parte de las élites de las culturas regionales marginadas, como fue el caso de Cataluña y el País Vasco en España. En Francia esto ocurrió en menor grado porque la fuerza del Estado fue suficiente como para aplastar a esas élites, pero en España, donde el Estado era más débil, la situación de malestar de las élites regionales les llevó a levantar objeciones políticas y, finalmente, a lanzarse a un planteamiento abiertamente nacional: si el Estado reserva todas las prebendas para la cultura oficial, nosotros queremos tener nuestro propio Estado, donde nuestra cultura será la oficial y eliminaré todas las variedades minoritarias o “dialectales”. Es decir, en lugar de cuestionar el modelo, lo que hicieron fue imitarlo y exigir un Estado propio.

La situación presente se ve dominada por un fenómeno que suele recibir el nombre de globalización, aunque también lo podríamos denominar, desde el punto de vista identitario (desde otros, no es exactamente lo mismo), cosmopolitismo, universalismo o internacionalismo. Si tomamos este fenómeno como general e irreversible, habría que suponer que debería dar lugar a una identidad de tipo global, basada en el humanismo, con un único sujeto colectivo, que sería el género humano. Desde este punto de vista, el modelo nacionalista se ha agotado. La principal tesis que defenderé hoy aquí es que estamos en una situación postnacional. Por un lado, las culturas nacionales están perdiendo su homogeneidad, debido a los intensos y constantes contactos con otros, a la facilidad de las comunicaciones y las migraciones. Pero por otro lado, y sobre todo, los Estados están dejando de ser la única fuente de poder, están perdiendo soberanía, si por soberanía entendemos la capacidad de decidir sobre

las cuestiones fundamentales que afectan a nuestra comunidad y nuestro territorio. La soberanía no es ya, como la definió la revolución francesa, absoluta, ilimitada, indivisible y perpetua. Ninguno de estos adjetivos le es aplicable ya hoy.

Los Estados han perdido competencias y hay muchas decisiones que, incluso dentro de su propio territorio, no pueden tomar ya hoy. En primer lugar porque han surgido organizaciones supra-estatales, como la Unión Europea, la Unión de Estados Americanos o la Unión Africana, que ponen límites a la acción de los Estados en su propio territorio. En segundo lugar, porque existen bloques de poder supra-estatales, como los que en tiempos de la guerra fría dirigieron los Estados Unidos y Rusia y que hoy tienen continuidad con otros poderes regionales. Los Estados Unidos siguen siendo los dirigentes de una alianza multiestatal, como es la OTAN, y la Rusia actual de Putin intenta ejercer su poder sobre una zona de influencia que quiere imitar a la de la Unión Soviética en tiempos del Pacto de Varsovia.

En tercer lugar, hay un orden jurídico internacional, que está surgiendo. El Estado ya no es el supremo emisor de normas. Hay instituciones supra estatales, con la ONU y su Consejo de Seguridad en cabeza, que son las capacitadas para dar el visto bueno a una acción bélica si esta ha de ser considerada legítima. Claro que una gran potencia, como los Estados Unidos en tiempos de George W. Bush, puede emprender una guerra sin la sanción del Consejo de Seguridad, pero esa guerra no será considerada legítima por los demás y la potencia hegemónica sufrirá una seria pérdida de prestigio al embarcarse en esa acción. En materia de

derechos humanos, existe el Consejo de Europa, que puede condenar a uno de sus Estados miembros por violar las libertades de sus ciudadanos, lo cual limita obviamente su capacidad de acción. Y funciona igualmente el Tribunal Penal Internacional, que está haciendo surgir una normativa cuya fuerza es, en principio, superior a la de las estatales. Las relaciones internacionales están, en fin, sometándose a una legalidad superior a la de los Estados. La acción de los Estados tiene sus límites.

Por otra parte, existe la globalización económica. No soy economista y no osaré expandirme en esta materia, pero parece evidente que hay grandes centros de decisión económica ajenos a los Estados, con compañías que son multinacionales o plurinacionales, en todo caso supraestatales. Y hay una globalización cultural. Vivimos en una aldea global, todos vemos las mismas películas, producidas básicamente en Hollywood, y leemos los mismos libros, publicados por unas pocas grandes cadenas editoriales. Esto no nos lleva a ser idénticos, pero sí crea una cierta comunidad cultural entre todos los seres humanos, en la que participan incluso aquellos que no están de acuerdo con esa homogeneización. Y hay organizaciones cívicas, no políticas, como las ONGs, que también son transnacionales. Uno es ecologista, o pacifista o feminista, y se conecta así, y actúa en común, con gente que de ningún modo tiene por qué pertenecer a su Estado nacional.

La consecuencia lógica de todo esto debería ser que si los Estados han perdido y siguen perdiendo poder, si construir un Estado ya no significa acumular el mismo poder que antes, hay

menos incentivos para construir un Estado. Si ser un Estado nación ya no es lo que era, ¿por qué se empeñan tanto las élites políticas secesionistas, por ejemplo catalanas, en tener un Estado propio? Y sin embargo se hace, seguramente por aspectos emocionales de la idea de independencia en los que es ahora el momento de entrar.

De cara al futuro, se puede predecir que esta pérdida de incentivos para la creación de un Estado propio no hará sino progresar. En el siglo pasado, poseer el propio Estado significaba que, al día siguiente de la declaración de independencia, existía una nueva moneda, una bandera, unas fronteras, un ejército... Hoy día, ante una eventual independencia catalana nadie piensa en crear una nueva moneda, porque se quiere permanecer dentro del euro. Fronteras, han sido eliminadas por el tratado de Schenghen y tampoco se proyecta volver a erigirlas. En cuanto al ejército, el futuro parece que apunta hacia un ejército europeo. Bandera, sí, se exhibirá una nueva, pero ya hoy en realidad se pueden tener todas las que se quieran. Es decir, no parece que haya mucho interés por implantar de forma tan clara y exclusiva esas marcas que denotan la existencia de un Estado. Aunque, por mucho que haya reducido sus antiguas competencias, el Estado sigue teniendo poder, como ha demostrado la reacción europea ante la crisis económica de estos últimos años o ante la actual crisis de refugiados políticos.

Pasemos ahora al caso español, sobre el que seré breve para que podamos tener algo de debate.

La identidad española, digamos para empezar, es muy antigua. España no

es un invento de don Marcelino Menéndez Pelayo, como se atrevió a decir el ensayista valenciano Joan Fuster en tiempos de la Transición. De España y de lo español se habla en la antigüedad, y sigue manteniéndose el término en el medioevo, aunque sólo con un contenido geográfico, pues en ningún momento hubo un “reino de España” o una unidad política similar. Hispania, más tarde España, era además un territorio que no coincidía con el actual, pues incluía a Portugal, es decir que equivalía a la península ibérica. Este concepto sólo pasó a adquirir un contenido político a partir de los Reyes Católicos, con la integración de varios de los reinos peninsulares en unas solas manos. Pero todavía no es un Estado-Nación, porque nadie piensa en crear una estructura política legitimada por la soberanía popular. Se trata de una monarquía muy poderosa, compuesta por varios reinos y señoríos, con muy diversos sistemas legales e incluso aduanas interiores. Pero la adquisición de protagonismo internacional y el logro de la hegemonía europea empezaría pronto a crear una identidad muy fuerte. Porque la monarquía hispánica estuvo implicada en constantes guerras con Francia, Inglaterra o Turquía, y desde fuera les ven como “españoles”, así como desde dentro de la monarquía los castellanos saben que sus enemigos no son los aragoneses sino los “no españoles”.

Que reciba el nombre de “monarquía católica” no es casualidad. Fue un título concedido por el papa Borgia después de la conquista de Granada, pero se convirtió en un rasgo identitario. Porque Fernando e Isabel emprendieron una depuración étnica de unas dimensiones que Europa no había conocido hasta ese momento, al expulsar

a los judíos y a los musulmanes de la Península, obligando así a que todos sus súbditos fueran católicos. Más aún, en las décadas siguientes los estatutos de limpieza de sangre añadirían la exigencia, para ocupar cualquier puesto de relevancia, de ser bautizados de varias generaciones, con lo que se excluye de esos puestos a los descendientes de las minorías religiosas que existían anteriormente, incluso aunque se hubieran convertido sinceramente.

Se fue formando, así, una identidad en los siglos de la Edad Moderna, alrededor de la lealtad a una misma monarquía y a una religión. Pero no era aún una identidad nacional, sino imperial, pues incluía los territorios americanos e índicos, y además no se había abierto paso aún la idea de que la soberanía no recaer en el monarca sino en la colectividad.

Esta identidad se convierte en nacional, o hace lo posible por convertirse en nacional, con la invasión napoleónica, la revolución de las Cortes de Cádiz y la pérdida del imperio. En ese momento sí que se hace una declaración que es plenamente nacional y moderna: que los territorios de la monarquía pertenecen al conjunto humano que los habita, a los españoles. De ahí la importancia de definir, a partir de entonces, quiénes son españoles.

Pero durante todo el siglo XIX y el primer tercio del XX, ese Estado nacional liberal que se intenta construir sufre muchísimos altibajos políticos, vive una situación de penuria económica y deja, además, de ser una de las grandes potencias internacionales, entre otras razones por la pérdida del imperio americano. De participar en todas las guerras de importancia hasta finales del

siglo XVIII, pasa a no participar en ninguna a partir de las napoleónicas: ni en la guerra de Crimea, ni en la franco-prusiana, ni ninguna de las dos llamadas Guerras Mundiales. Se convierte en un actor político de tercera categoría, casi en un espectador del escenario internacional. Es además un Estado en una situación de constante precariedad fiscal, que sin embargo vive a la vez un proceso de industrialización, concentrado justamente en Barcelona y Bilbao, las dos capitales que van a rivalizar con la capital política. No son Cataluña y el País Vasco, si lo vemos bien, pues las áreas que se industrializan son la gran Barcelona y el gran Bilbao. Se convierten así en dos capitales muy potentes, con lazos la una con Francia y la otra con Inglaterra, que sienten como humillante la dependencia de un centro político como Madrid, para ellos un “poblacho” manchego en el que apenas hay un par de fábricas. Esa modernización basada en un desarrollo tan desigual hace que surjan problemas políticos y proyectos de construcción nacional alternativos al español.

Ajenos a estas realidades, los gobiernos, a lo largo de más de un siglo, tratan de reproducir en España un modelo estatal centralizado, a la francesa. Y cuando hay problemas, la respuesta es frecuentemente una imposición brutal, por la vía militar, de la identidad española, entendida en términos castellanistas y católico-conservadores. Lo que genera una desafección de la que se alimentarán los futuros nacionalismos periféricos.

¿Qué ha cambiado de todo esto en la situación actual, a comienzos del siglo XXI? Pues ha cambiado todo de manera muy radical. Desde hace más de medio siglo, España ha experimentado un gran

crecimiento económico, un desarrollo acelerado que además se ha producido de una manera más equilibrada que antes. Ya no hay dos islotes industriales en medio de un océano agrario y atrasado, sino un crecimiento que afecta a todas las regiones, en el que además se ha afirmado Madrid como centro no sólo financiero sino también industrial. Se ha democratizado, por otra parte, el Estado; no se vive ya una situación de dictadura, como en tiempos de Primo de Rivera o Franco, ni de parlamentarismo falseado y oligárquico, como en tiempos de Cánovas, sino que hay un régimen democrático, con problemas sin duda, pero no mayores que los de otras democracias. Y ese régimen se ha construido además a partir de un esquema notablemente descentralizado, semi-federal, del que se han beneficiado unas élites regionales y locales que están relativamente satisfechas, salvo los nacionalistas más radicales (que, desde luego, solo consideran objetivo aceptable la independencia). Salvo estos grupos extremos, hay unas élites regionales que básicamente participan en el sistema de poder y están interesadas en que se mantengan las cosas tal como están. A partir de esta modernización, este crecimiento económico y esta democratización, el país ha ganado mucho en prestigio internacional. No es, por supuesto, una gran potencia, pero sí una potencia media, que hoy día está en el Consejo de Seguridad de la ONU y tiene un peso y una influencia política que corresponde más o menos a su peso demográfico y económico.

La sociedad, por otra parte, ha cambiado radicalmente, como todas las que han sufrido un proceso de modernización. La globalización la ha convertido en una sociedad mucho más

multicultural y étnicamente mezclada de lo que era hace cincuenta, o incluso treinta, años. Hay en España ahora mismo entre un 10 y un 15 % de población que no es española de origen – latinoamericanos, magrebíes, europeos orientales-, lo cual cambia radicalmente la situación. Y puede crear, sin duda, problemas políticos nuevos, pero que muy difícilmente se expresarán en términos nacionales. Sin embargo el discurso de los nacionalistas periféricos sigue siendo bastante anticuado, muy en los viejos términos, con referencias al Madrid improductivo, lleno de burócratas, que vive del trabajo de los catalanes o vascos. Un discurso que se ha quedado anquilosado, anclado en realidades de hace cien años, que es cuando fue construido.

En cuanto al nacionalismo español, ya no sabe ni a qué discurso recurrir. Podría basarse en referencias modernizadoras, o liberales, a partir quizás del mito de la Transición, en las libertades conquistadas tras finalizar el franquismo. Se podría describir, en términos idealizados, cómo los españoles conseguimos salir de una situación dictatorial y construir un régimen de libertades, respetuoso con las culturas regionales. Creo que no le vendría mal al nacionalismo español renovarse en esa línea. Pero buena parte de quienes se identifican con él siguen sintiendo en su corazón afinidad con algunos de los rasgos del nacional-catolicismo.

Pensando en nuestra vinculación con Europa, podríamos también intentar construir una identidad europea. Pero este es un terreno muy complicado, porque las identidades colectivas clásicamente se han basado en raza, lengua, religión, historia, territorio. En el

caso europeo, nada de ello funciona. Geográficamente, ni siquiera sabemos bien cuáles son los límites de Europa. Si se excluye a Turquía se elimina una parte de Europa; pero si se la incluye incorporamos una parte del Asia Menor. Lo mismo pasa con Rusia, donde hay una parte europea y una enorme mayoría de territorio asiático. En cuanto a la raza, idea afortunadamente muy desprestigiada desde 1945, habría que centrarse en la raza blanca; pero nadie piensa hoy en términos de razas superiores; aparte de que eso excluiría a una importante minoría de ciudadanos europeos. La religión, tampoco es precisamente algo que caracterice a la Europa actual, que es más bien agnóstica o muy poco religiosa. Claro que hay un pasado cristiano y se pueden hacer referencias a él, pero también podríamos referirnos a la mitología greco-latina, que es algo que forma parte de la historia europea, y al islam, pues hoy también hay muchos de los habitantes de Europa son musulmanes. La lengua tampoco sería útil como seña de identidad, dada la enorme variedad de lenguas de nuestro continente. En cuanto a la historia, podríamos intentar crear una narrativa identitaria, un mito europeo, basado en los celtas o los romanos. Pero no es fácil que eso resulte hoy atractivo.

Si la cultura europea tiene alguna especificidad es que no es étnica, sino cívica. Sería, pues, la democracia, la defensa de la libertad y del individualismo, complementada con el Estado del bienestar, con el Estado social europeo, en definitiva que el más exitoso que se ha creado en la historia de la humanidad y lo que nos diferencia del otro gran polo occidental, los Estados Unidos de América. No es fácil, en todo

caso, hablar de una identidad europea en términos político-culturales.

¿Cuál puede ser entonces el futuro?

El futuro tiene que basarse en *una identidad cívica*. Lo principal de lo que tenemos que ser conscientes es que la sociedad futura no puede exaltar los rasgos étnicos. No nos podemos basar en la raza, la lengua ni la religión, sino en el hecho de que todos estamos sometidos a una misma ley, que todos somos iguales ante ella, que el gobierno depende de nosotros, y tenemos derecho a controlar a nuestros gobernantes y a exigirles que rindan cuentas ante nosotros, sus gobernados. Esa es la especificidad de nuestra cultura. A la que se añade un Estado social que protege a los más desvalidos y no les deja tirados en la calle porque sean inútiles o improductivos. Esa identidad colectiva como ciudadanos, a partir del civismo, del respeto a la ley, a las normas de convivencia, serviría para superar, además, el viejo problema español de la religión, de la división entre católicos y anticlericales. Todo individuo tiene derecho a ser católico, musulmán o ateo, pero a lo que no tiene derecho es a imponer su religión a otro o a infringir las normas de convivencia. No hay una verdad oficial, en el terreno de las creencias, pero sí hay unas normas básicas de convivencia, entre las que se incluye la del respeto a las creencias del otro.

Esa identidad cívica ayudaría también a superar el problema del castellano frente a las lenguas regionales. Cada cual tiene derecho a usar la lengua que quiera, dentro de las oficiales, pero eso no le confiere, ni le resta, derechos. Lo esencial, repito, es respetar las normas fundamentales de la convivencia, y no la identidad étnica. Y esto serviría también

para resolver el viejo problema europeo, que hoy está bien encaminado. Las naciones europeas se han enfrentado entre sí, y se han destrozado mutuamente, a lo largo de los últimos cuatro o cinco siglos. Pero desde la segunda mitad del XX parece que caminamos en la buena dirección.

El problema con el que ahora nos enfrentamos los europeos del siglo XXI es de la inmigración. Europa ha sufrido, en las últimas décadas, una enorme oleada inmigratoria, una población que ahora es preciso integrar. Sin obligarles a abandonar su cultura, pero con respeto a las normas fundamentales de la convivencia liberal-democrática. Si su cultura significa que tienen derecho a matar a aquellos que abjuren de su religión, o a hacer la ablación de clítoris a las mujeres, esa cultura no es respetable. Las normas de convivencia forjadas en Europa están por encima del respeto a las culturas de los recién llegados: el respeto a la vida, a la integridad física, y a la libertad de las personas, la igualdad entre hombres y mujeres, la convivencia entre razas y religiones, la separación Iglesia-Estado. El multiculturalismo, si significa abandonar estos principios básicos de la convivencia, no puede aceptarse.

Creo que he lanzado ya suficientes ideas, demasiadas quizás. Lo que he intentado transmitirles es que el futuro no puede ser tan encorsetado, tan rígido, tan monolítico culturalmente como fue el pasado nacional. Los países europeos no son tan homogéneos como nos los presentaban aquellos mapas que nos enseñaban de niños con cada Estado de un color. Los países tienen mucho en común con sus vecinos y, a la vez, son internamente muy diversos. Dentro de nuestra propia sociedad tenemos

identidades culturales distintas que tenemos que respetar. Y esas identidades culturales ya no pueden plantear su defensa en términos nacionales, porque no son ya territoriales. El rasgo crucial de los nacionalismos es que comienzan con un planteamiento cultural y terminan en una reivindicación territorial. Comienzan por afirmar, por ejemplo, que son distintos porque hablen otra lengua. Y se

elevan a continuación a la reivindicación del autogobierno, del control de un territorio. Eso es impensable si de lo que hablamos es de identidades religiosas o sexuales.

Los planteamientos de la sociedad futura, multicultural, no pueden ser ya territoriales. Esa es la diferencia con los planteamientos nacionalistas.